

Todavía Concha no sabía tomar los anteojos, como se estila hoy: los tomó como se han tomado siempre, en la postura natural.

Arturo tiró del vestido de Concha. Pío Blanco lo notó.

Concha no entendió una palabra: volvió á tirar Arturo. Concha le dirigió una mirada arrugando la ceja como quien pregunta «¿qué sucede?»

Arturo le hizo un guiño con los ojos, señalándole los anteojos.

Concha se los dió.

Arturo vió con los anteojos tomándolos por delante y exagerando la posición.

Concha se quedó abriendo la boca, como si tal cosa.

Pío Blanco pensó:

—Se está encelando.

Concha volvió á recibir los anteojos, y al recibirlos sintió en la mano una

presión significativa de la mano de Arturo, como quien dice:

—«¡Qué tonta eres!»

Concha tradujo el apretón de este modo:

—«¡Cuidado con Pío Blanco!»

Concha se puso á ver á Concha Mendez.

—¿Le gusta á usted su tocaya? le preguntó Pío Blanco.

Sí, señor; es muy bonita.

—¡Qué diera por ser como usted!

—Tiene muy lindos ojos.

—Los de usted son dos luceros.

—Y muy bonito cuerpo.

—El de usted es mejor.

—Y un pié.....

—El de usted es mejor.

—Usted no me los ha visto.

—Es cierto, pero han de ser mejores. Se lo conozco á usted en la mano. La mano de usted es digna del pincel de Xenofonte.

—¿Xenofonte era pintor? preguntó Arturo.

—¡Hombre, cómo no! y bueno, ya sabes.

—No me vengas con tu literatura porque me apesta.

—Vea usted, Concha, qué injustos son conmigo: me sucede con mi figura lo que con mi talento. Porque me visto bien dicen que soy un Montecristo; porque soy amable que enamoro, y porque hago versos me llaman literato.

—¿Hace usted versos?

—Sí, Concha, cuando encuentro quien me inspire, lo cual es difícil. Le ofrezco á usted unos versos á sus ojos, si tú me lo permites, chico, agregó volviéndose á Arturo, porque supongo que á Concha le habrás regalado un Album. Usted perdone si la llamo Concha, pero yo soy así, no me gustan los

diminutivos. Conque ¿le has comprado un Album? ¿le ha comprado á usted un Album?

—¿De retratos? preguntó Concha.

—No, de recuerdos.

—Esos no los conozco.

—Es un libro en blanco.

—¡Ay qué feo!

—¡Cómo feo! allí le escribirán los que la adoren y los que la admiren todo lo que usted les inspire.

—Yo?

—Sí.

—Los que me adoran?

—Sus amigos de usted.

—¡Ah! ¿y qué escriben?

—Unos versos y otros prosa.

—¿Y para qué?

—Ya lo verás, dijo Arturo cortando el diálogo con impaciencia.

Esta impaciencia la agregó Concha al apretón.

—Mañana le llevo á usted su Album con mi composición á sus ojos.

—¿Pero para qué se ha de molestar usted?.....

—¡Concha! ¡Concha! entre buenos amigos! pero calle! mire V. que turba está en el palco de enfrente. Mira, Arturo, te han comido el trigo, allí está la *chorcha* haciéndonos señas, allí están Pepe y Alberto.

—No les hagas caso, no veas para allá. Concha, mira la comedia.

Concha obedeció.

Pío Blanco se colocó en los asientos de atrás junto de Arturo.

—Chico, ¡qué linda es! ¡qué *pico largo eres!* pero quieres decirme de dónde has sacado á esta chica tan *com' il faut?* nadie la conocía.

—Cállate, hombre, y ten moderación.

—¿Te pones serio? ¡Vaya! Ya sé á

qué atenerme. En todo caso comprendo que no es de las que conocemos, ya sabes.

—A todo sales con «ya sabes.»

—Ya sabes. Te convidó á cenar. Concha, la convidó á V. á cenar, iremos á Fulcheri.

—Hombre, hombre.

—¿Qué dice V., Conchita? porque yo supongo que Vds. cenan, ¿no es verdad, Arturo?

—Hombre, Pío?

—No hay remedio, ya vuelvo, al terminar la comedia aquí estoy. Abur, Arturo. Concha, hasta luego. Arturo tiene la amabilidad de permitir que cenemos juntos en Fulcheri; hasta luego, hija mía, hasta luego.

—Adios, señor, dijo Concha abandonándole la mano según una lección de Madama Luisa.

—Oye, Pío.

—Nada, nada, está resuelto, hasta luego.

Pío Blanco salió y cerró la puerta.

Arturo comenzó á ponerse de mal humor.

Concha guardó silencio.



CAPÍTULO II

Una digresión acerca de las manos. La cena
en Fulcheri

LAS MANOS. Hé aquí una parte del cuerpo humano digna, por su importancia suma, de la atención del observador.

En las manos llevamos todos escrito el nombre de nuestra raza, el grado de nuestra educación, nuestra posición social, nuestras tendencias, nuestros sentimientos y nuestra historia.

Si este lenguaje de las manos entra alguna vez en la categoría de los conocimientos vulgares, la humanidad,